

Todos los estudios están hechos *con amore*, revelan amplia información y son muy interesantes, especialmente los dedicados a Pasteur, Augusto Orrego Luco y Vicente Izquierdo Sanfuentes.

Algunos críticos han creído ver en la publicación de este libro un desliz, una debilidad del doctor Charlin, que se habría dejado tentar por las sirenas de la litetratura y, lo que es más grave, que habría caído en las zarzas de la retórica. Le han dicho blandamente: «Conténtese con los lauros de la ciencia, doctor». Ha parecido a la vez oírse en ese consejo una voz tácita que agregara: «Deje los lauros de las letras para los profesionales de la literatura».

Pero los críticos se han equivocado. No obedece la obra del doctor Charlin a un prurito literario. Ella es el fruto de ese anhelo de superación espiritual de que hablábamos al empezar estas líneas, manifestado en la busca de verdaderos valores y en el justo homenaje rendido a ellos. Si el título no estuviera tan gastado se podría haber llamado el libro del doctor Charlin «Camino de perfección». Ha ido a rastrear tal camino el autor guiado por las tres cumbres de la vida espiritual: los héroes, los sabios y los santos. Lo mueve sobre todo un sentimiento, el raro y noble sentimiento de la admiración. Como ha dicho Rodó, según creo, es prueba de alma selecta saber admirar. Así forman el libro comentarios admirativos, fuera de los ya nombrados, de San Francisco, Jaime Pinto Riesco, Germán Valenzuela Basterrica, Daniel García Guerrero y Samuel Fernández Walker. Han resultado páginas llenas de unción, inspiradas, útiles y gratas de leer.—ENRIQUE MOLINA.

EL INDIGENISMO Y ALEJANDRO PERALTA

EXISTE en la literatura peruana, como en la pintura y escultura, una corriente poderosa, demarcada con nítida precisión: el indigenismo. Pero no es sólo una corriente de significado exclusivamente literario sino que, además, de un inconfundible contenido social—íntimamente entrelazado en su estructura—pues el indigenismo no está circunscrito a explotar lo indígena como un simple motivo artístico; va también en su búsqueda con un verdadero sentido político, sin manifestar este carácter de manera directa o sea, sin alusiones ideológicas ni sociológicas al estado material del indígena, pero involucrando al mismo tiempo la reivindicación de éste que se hace en el Perú

una perentoria necesidad vital. En tal aspecto la literatura indigenista camina paralela a las nuevas fuerzas sociales que intentan la realización del mismo objetivo. Camina paralela ahora, después de haber sido una consecuencia de esta tentativa reivindicacionista de carácter económico, político y social. De ahí, precisamente, el indigenismo literario peruano infiere su sentido político. Mariátegui, con la certeza que acostumbraba, decía al respecto:

«La corriente indigenista que caracteriza a la nueva literatura peruana, no debe su propagación presente ni su exageración posible a las causas eventuales y contingentes que determinan comúnmente una moda literaria. Y tiene una significación mucho más profunda. Basta observar su contingencia visible y su consanguinidad íntima con una corriente ideológica y social que recluta cada día más adhesiones en la juventud, para comprender que el indigenismo literario traduce un estado de ánimo, un estado de consciencia del Peru nuevo.»

Los que lo han tachado de artificioso pecan, por eso, de superficiales. Una corriente literaria que responde a una realidad social colectiva, que tiene su origen, su raigambre en un problema permanente cuya solución interesa a una agrupación numerosa de hombres, no puede ser artificiosa. Ahora, no sería honrado juzgarlo por los oportunistas que se han plegado al indigenismo. Que este sea una corriente literaria transitoria y que tenga que terminar fatalmente cuando concluya el hecho social que la determina, no significa artificio ni menos le resta importancia, aunque esta sea puramente local, limitada por la geografía, sin una consecuencia ecuménica. Sin embargo, no se crea que esta corriente literaria resulte costumbrista ni devenga en declamatoria. La salva de tal peligro su carácter lírico. El mismo Mariátegui lo observa:

«El carácter de esta corriente no es naturista ni costumbrista sino, más bien, lírico, como lo prueban los intentos o esbozos de poesía andina.»

Este mismo carácter lírico le da aspectos de universalidad y es lo que literariamente interesa a los que viven distantes de los límites donde el indigenismo ha germinado.

Serafín Delmar ha hecho una afirmación sobre el indigenismo que no queremos dejar pasar sin impugnarla—al hablar de poesía andinista—tan superficial como aquella de que es artificioso.

Delmar manifestó en una ocasión que una de las preocupaciones de la poesía andina era la «evocación del pasado incario».

Nada más falso. En toda la obra de Alejandro Peralta no se

encuentra un solo poema que insinúe siquiera esa pretendida evocación; tampoco en la obra de Guillermo Mercado, de José Varallanos—en el *Hombre del Ande que asesinó su esperanza*, solamente pues en su labor posterior se ha desprendido del indigenismo—ni en las «parabolas» de Nazario Chávez, los más interesantes poetas andinistas. El indio, en la poesía andinista, existe como hecho actual, presente, como realidad contemporánea, no como recuerdo histórico, no como añoranza de una grandeza difunta, no como lamento de una prosperidad perdida. Si fuera poesía de evocación incásica dejaría de ser meritable y en vez de coadyuvar a la obra de reivindicación económica y social del indio no sería otra cosa que un movimiento de resurrección, de restauración, de carácter meramente literario, sin trascendencia y desde luego sin importancia, desconectado de la realidad ambiental. El indio, lo indígena, se reduciría a un simple objeto de especulación lírica.

Alejandro Peralta es uno de los representantes más vigorosos del indigenismo. Su poesía, exaltación y comprensión del indio y de todo lo indígena, vive dentro del marco andino. De ahí también su denominación de andinista. Los Andes le han dado—reflejándose en ella—la claridad deslumbrante, la limpieza, la frescura, cualidades que tienen que emerger irremediablemente de toda la zona que influencia la cordillera suramericana. Pero el indio, lo indígena, el Ande, es sólo el motivo de profundo sentido social como ya se ha dicho, para que el poeta, desplegando su personalidad de sabor autóctono, reivindique artísticamente lo vernáculo, de manera indirecta se entiende, sin devenir en poesía sociológica o criollista, es decir, en anti poesía. El aspecto humano, el aspecto naturaleza se depura, reduciéndose a su condición estricta de material artístico. Sabemos, sentimos sobre todo, que en esta poesía el indio se reivindica no porque el poeta así lo diga sino porque ha podido interpretarlo, descubrirlo para contribuir a exaltarlo y aspirar a darle—paralelamente al movimiento social en este sentido—el correspondiente sitio en la sociedad en que actúa. Escuchémosle:

«El charango sale a la puerta:
se ha casado la Martina.

.....
Los novios están bailando una haviña de llamaradas.
Las indias quiebran hojas de alcohol entre las manos.

La Martina, la Martina, la Martina.
El alba está cantando en la vertiente.»

(*Poema sin coleccionar*)

«Fueres indios pescadores,
fornidas pantorrillas de peñones
entran a saco en el horizonte
a golpes de picos marineros.» (De ANDE. *Chozas de medio día*)

«Anoche
envuelta en sus harapos de bayeta
la Francisca se retorció como un resorte
mientras el granizo apedreaba la puna
y la vela de sebo
corría a gritos por el cuarto.

De las cuencas de los cerros
los indios sacaran rugidos como culebras
para amarrar a la muerta.» (De o. c.—*El indio Antonio*).

«Los ojos de la Antuca
se empolvan al pasar por los galpones.

Pobre Antuquita.
Todo el día detrás de la majada.
Hecha un ovillo sobre las piedras
se ha ido tan lejos.
Se va a quedar en media pampa,
acorrallada entre los cerros.
El barro de los fangos
ha ensuciado el camino bengala de sus ojos.
Para que habrá ido sola al pastoreo
con tantos duraznos abridores
y las caderas reventonas.» (De o. c.—*La pastora florida*).

«El indio balsero Martín
azota el espinazo de las aguas.» (De o. c.—*Balsas matinales*).

Seguramente y después de los versos transcritos el lector se habrá dado cuenta que en la construcción de la poesía de Peralta tiene manifiesta preponderancia, como elemento literario, se comprende, la metáfora. Más aun, toda ella está realizada a base metafórica. Esto, sin duda, puede restarle algo de estimativa, ya que la metáfora sirve sólo como elemento episódico, no permanente, de la poesía. En este sentido creemos ha dicho Jean Epstein que una «poesía inteligente exige la metáfora». Exige la metáfora, pero en proporciones condicionadas, contenida a lo necesario, dejándola siempre en su calidad de material in-

tegrante—no primordial—limitándola a su mínima utilización, como lo hacen hoy los mejores poetas nuevos. Así como en el aspecto social de la poesía de Peralta, lo fundamental es lo indígena, en el aspecto literario es lo metafórico. La metáfora aparece usada con abundancia, en cantidades industriales como diría Epstein, aunque casi siempre con habilidad, sabiendo conseguir el resultado apetecido, no cayendo nunca en la arbitrariedad vacía de significado poético. Esto no obsta, sin embargo, para darle un marcado isocronismo de procedimiento a la obra del escritor peruano.

Ahora, no es difícil advertir que la metáfora empleada por Alejandro Peralta es evidentemente objetiva, como su poesía. En esto existe una natural consecuencia. Poesía de origen social, de motivo social, tenía que predominar en ella una objetividad sostenida. No podía ni debía realizarse por intermedio del subjetivismo. Porque el sujeto, el autor, no interesa en ella sino como vehículo de expresión concretada de un hecho social viviente, como intérprete de una realidad colectiva. Su ego, su mundo interior importa sólo en cuanto a su forma de reaccionar artística y objetivamente, frente a un hecho extrínseco.

Sin embargo, a veces, Peralta desciende a la preocupación individualista.—Canto en brumas, por ejemplo—y pretende hacer poesía sin evadirse de su círculo interior, aunque nunca le confiere contenido subjetivo, nunca le comunica íntimidad. Se olvida Peralta, que como poeta, tiene otro destino muy diverso que cumplir, su destino de traductor «de un estado de ánimo, de un estado de consciencia del Perú nuevo». Se olvida que él, habitante de la región del Titicaca—zona eminentemente indígena—está en completa solidaridad con el medio, con el ambiente y, por lo tanto, obligado a verificar una poesía de sentido social, porque, como apunta Jorge Plejanov, el arte es social donde existe correspondencia entre el artista y el medio. Peralta, encontrándose en tal caso, no debe ser desleal con sí mismo ni con su ambiente.

Mas, la preocupación individualista es pasajera. Se la inhibe mantenerla el mismo temperamento de Peralta que es cardinalmente objetivo y donde reside la mayor parte de la fuerza de este joven escritor. De otra manera no habría podido darle vestidura artística a su poesía, sin excluirlo y quitarle el carácter de tal. El motivo se habría transformado entonces en una simple excitación, en una simple invitación del objeto para apoyar, en él, desarrollándose, la capacidad creadora.

Debido a esta misma objetividad puede Peralta descubrirle a los objetos, a las cosas, sus modalidades insospechadas. Por-

que Peralta «sabe mirar» y así ve las cosas no tan sólo en la fisonomía de la forma que aparentan sino, además, en su esencia pura que, son otras dentro de las anteriores. Por algo ha dicho Pascal que Dios ha representado en las visibles las cosas invisibles.

Tal vez no esté demás agregar que a causa de la objetividad señalada—de cuando en cuando únicamente, si hemos de ser justos—la poesía de Peralta se transforma en verdadera foto, en pura trasplatación del objeto de su ubicación natural al plano literario. No alcanza adquirir las tonalidades requeridas, el contorno de expresión poética. Se queda en objeto. Este defecto, es por lo demás, casi inherente a todo temperamento objetivo. Es difícil desprenderse de él en forma absoluta. Felizmente Peralta, su aparición—remarquémoslo—es lo bastante discontinua para no entorpecer el desarrollo armónico de la obra.

Por último, merece ser recalcada como cualidad valiosa, la emoción en la poesía de Peralta. Emoción desde luego de carácter esencialmente objetivo, pero no por eso menos ascetizada ni menos intensa y que le inculca vibración a esta poesía robusta, saludable, varonil:

«De las cuencas de los cerros
los indios sacaran rugidos como culebras
para amarrar a la muerta.»

El indigenismo, con representantes como Alejandro Peralta, no tendrá una vida efímera en el Perú. — A R T U R O
T R O N C O S O.

LAS ELECCIONES Y LA GUERRA

A TRAVES de todos los eufemismos—porque nunca hablaron más cautelosamente los periódicos, nunca fué la insinuación más prudente, nunca resultaron tan unánimes los silencios—salta a los ojos que las elecciones que se acaban de realizar en Francia, así como las que hace poco se efectuaron en Alemania, tienen ante todo y sobre todo un significado internacional.

Entra en ellas, desde luego, la lucha de tendencias, más que de doctrinas, que se acentúa en todas las naciones del mundo, y el duelo cada más grave entre las derechas y las izquierdas,